CABEZA HUECA, CABEZA SECA

Franco Vaccarini

Para Moroiá no había peor compromiso que ser hijo del cacique.
Todos estaban pendientes de él, de sus buenas o malas acciones.
Sobre todo de las malas, porque buenas no había.
A Moroiá le gustaba hacer las cosas a su manera.
–Serás cacique un día, tendrás que aprender a controlarte. Los jóvenes se verán reflejados en ti, como en el agua del río.

Su padre quería enseñarle a ser moderado. A Moroiá le gustaba beber chicha hasta hartarse, comer hasta hartarse, dormir en la hamaca hasta bien tarde y luego cazar. Untaba con cera la punta de sus flechas y disparaba. Solo para probar puntería. Un colibrí menos, un guacamayo menos, un periquito menos.

Venían los monos cuando los imitaba. Muchos monos menos.

Todo tiene un límite, hasta el río más largo desemboca en el mar.

–¿Por qué cazaste tantos monos, Moroiá?- preguntó el cacique Waxturi, padre de Moroiá.

–Porque tengo buena puntería.

–No mates por matar.

–Pero es que…

–Si no lo aprendes por ti mismo, el bosque te enseñará. ¿Oíste hablar del Caipora? Cuidado con el Caipora.

Moroiá se quedó hablando solo.

–Todos le temen al Caipora, pero ¿acaso alguien lo vio? Es puro viento. Y si existiera animal así, lo podré cazar. A mi padre ya no le gusta la carne de mono, por eso se queja. Mataré un pecarí. Muchos pecaríes. Y un Caipora.

Moroiá era fuerte, alto, también hermoso. No había muchacha en la tribu que no soñara con él. Pero esa noche, en su hamaca, fue Moroiá el que soñó.

Antes de dormir le pareció que alguien lo vigilaba, entre las ramas de los árboles algo verde se movía. “Cuidado con el Caipora”, le había dicho su padre.

CABEZA HUECA
CABEZA SECA

Moroiá no temía a nada. Ni siquiera temía al jaguar de los cielos, que en sus momentos de furia podía devorarse al mismo sol. Él también podría cazar al sol y la luna si tuviera una liana para subir tan alto.

Y esa noche soñó con una cabeza voladora que tenía una larga cabellera verde.

– ¿Es rica la carne de mono?– preguntó la cabeza.

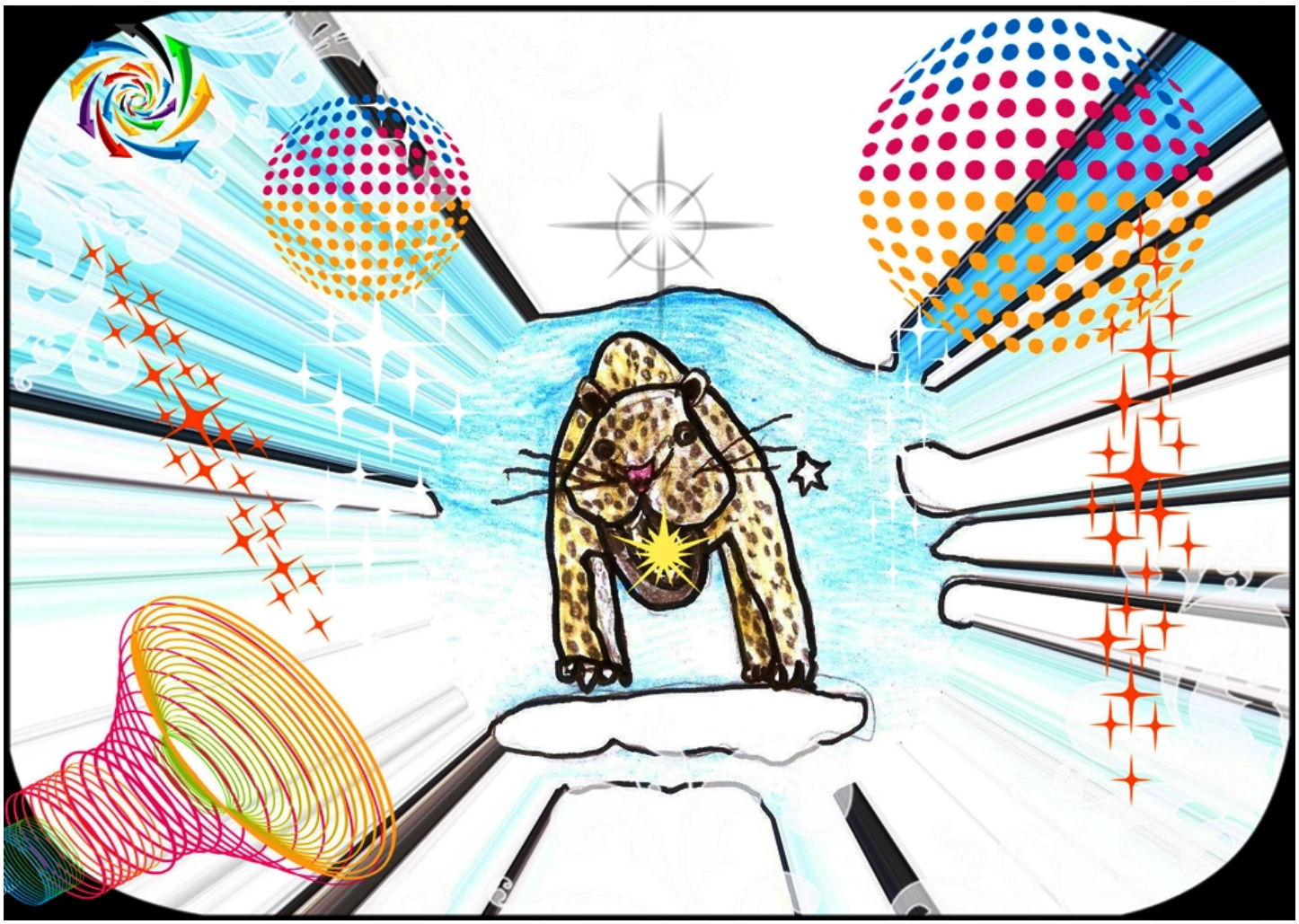
–No la pude probar, se echó a perder.

–Esto no puede seguir así.

– ¿Quién eres?

Moroiá abrió grandes los ojos, aunque seguía soñando. La cabeza voladora estaba allí, encima de su hamaca. Era como la de un chico grande, que sonreía. Ojos oscuros como el agua de un río en la noche.

–Ya lo sabrás.



Una araña descomunal pendulaba colgada de la seda, junto a la cabeza.

–Todas las arañas estamos tejiendo una red para ti, Moroiá. Una red para contenerte.

La araña se corrió para dejar paso a una muchacha hermosa.

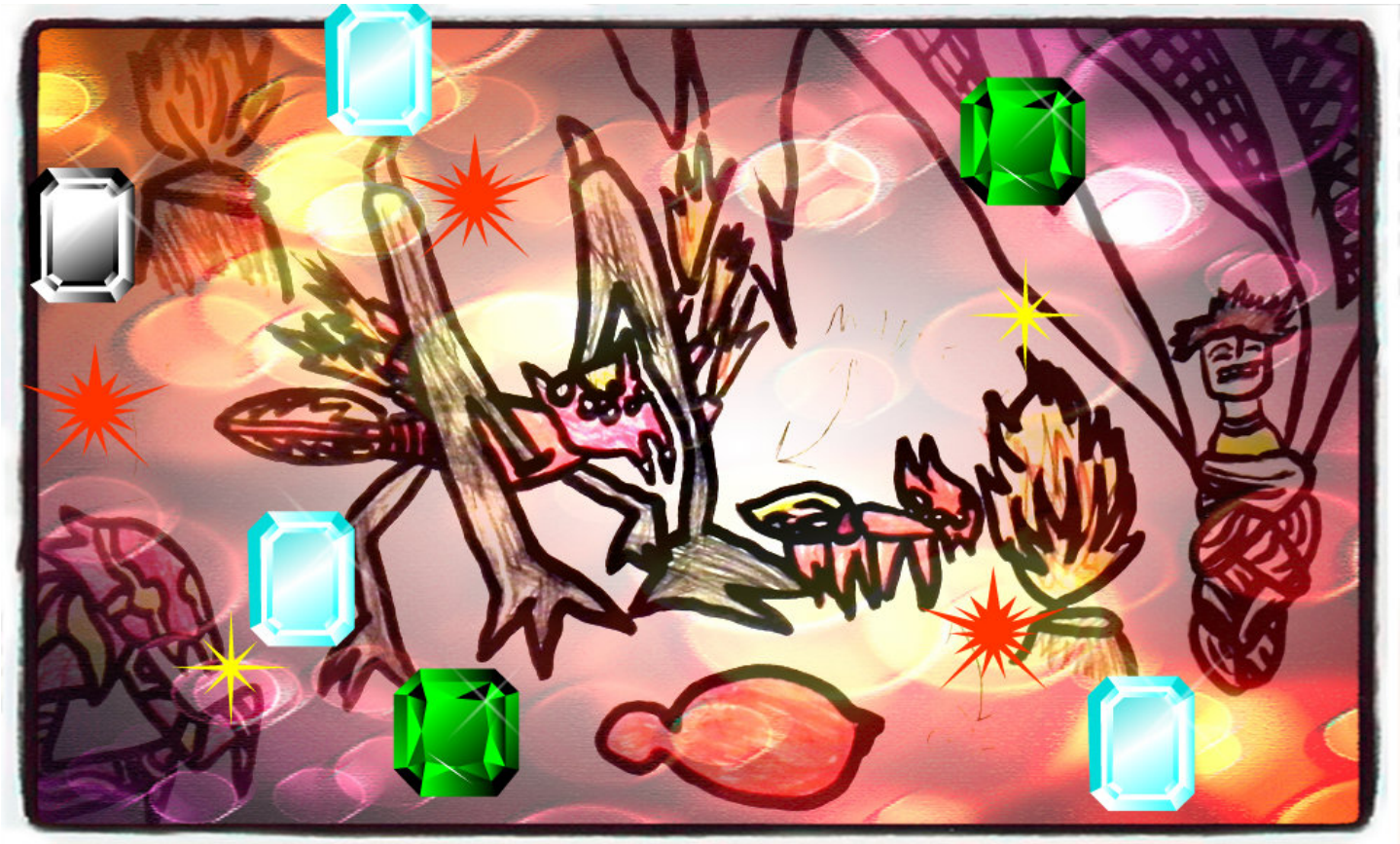
–No eres tan guapo como crees. Prefiero enamorarme del hombre tapir, que es feo, pero tiene la lengua llena de estrellas y en sus ojos brilla el arco iris. Tú solo matas.

Y la muchacha cantó:

Cabeza hueca.
Cabeza seca.
Nada más matas.
Ayer y ahora.
Ay, que el Caipora se mete en tus sueños.
Ay, que viene el Caipora.
Ay, que el Caipora te despertará.

Despertó. No había cabeza voladora, ni araña, ni muchacha.

Pobre Moroiá, ni siquiera lo dejaban dormir en paz.



Moroiá se internó en la selva cerca del río, para cazar un pecarí. O dos, o diez.
Por vanidad, le gustaba mirarse en el espejo del río.
Pero alguien había decidido vengar al colibrí, a los guacamayos, al periquito y a los monos muertos. ¡Oh, sí, mejor asustarse! ¡Teme los trucos del Caipora!
Cuando Moroiá se miró en el espejo del río, vio a un mono en su lugar.
Sin embargo no había ningún mono.
Por segunda vez se miró en el rió y solo vio una cara peluda en el reflejo del agua.

El Caipora observaba y se reía apenas. El río mismo parecía temblar de risa.
La curiosidad pudo más y Moroiá se asomó por tercera vez.
– ¡Soy un mono! –gritó.
Se tocó la cara con las manos pero no tenía vello. ¡Qué alivio!
Fue hasta su trampa para pecaríes, junto al árbol de hongos azules. Moroiá había preparado un pozo disimulado con ramas y hojas en el camino hacia el río.
Pero la trampa había sido rellenada con tierra. ¿Qué estaba pasando? Primero aquel sueño, después su cara de mono y ahora la trampa destruida.

Comenzó a dar vueltas, quería entender. Pisó unas ramas y cayó en un pozo, una trampa especial para él. Con desesperación, logró asomar su cabeza fuera. Entonces vio al Caipora que con el dedo lo señalaba.
– ¿Estoy viendo una cabeza voladora? ¿Es un hombre o un mono?- mientras se tomaba la panza con las manos, doblado por la risa.
Moroiá logró salir del pozo y quiso arrojarle una flecha, pero el Caipora ya no estaba allí.
-Ya verá quién soy.

Corrió Moroiá a través de una galería vegetal cubierta por telarañas que se pegaban a sus brazos, a su cabello, a sus ojos, y hacían que su carrera más lenta hasta que no pudo dar otro paso.
Quería moverse, pero las redes lo contenían.
Entonces pasó una muchacha hermosa, tan hermosa como la que había visto en sueños.
– ¡Ayúdame! ¡Estoy atrapado!
–Este asunto es entre tú y el Caipora. Resuélvelo tu mismo.
La muchacha rió y se fue cantando. Una canción que Moroiá ya conocía: c*abeza hueca, cabeza seca…*

Moroiá gritó, lloró e imploró perdón.
Sus ojos cubiertos de tela no le impidieron ver al Caipora montado a un pecarí gigante. Hubiera sido una buena presa, pero Moroiá ya no pensaba en cazar.
El Caipora descendió de su monta y caminó hacia él. Con sus propias manos el Caipora lo liberó de las telarañas, sin dejar de mirarlo a los ojos.
Moroiá inclinó apenas su barbilla y bajó los párpados, en señal de respeto y vergüenza. No podía sostener esa mirada.
–Eres libre. Ve con los tuyos y ya no vuelvas a cazar, salvo por necesidad.
Y eso fue todo. O casi todo.

El Caipora ya había hecho su trabajo, pero tenía un espíritu pícaro. Con un palillo, molestó a las abejas en un panal cercano y se alejó.
Enseguida, innumerables abejas zumbonas amenazaron a Moroiá, que salió veloz en dirección al poblado.
Las abejas lo persiguieron apenas unos metros, pero Moroiá ya no paró de correr hasta llegar ante Waxturi, su padre, el gran jaguar.
–Aprendí, padre. El Caipora me enseñó.
Waxturi lo abrazó con ternura. Los otros muchachos de la tribu se acercaron para compartir el encuentro.
–Este es Moroiá, el nuevo amigo de los pájaros –dijo uno de ellos.
–¡Y de los monos!
–¡Y de todos nosotros!
El Caipora, satisfecho, se esfumó en el verde.